

ANTONIO MACHADO, CUASIFOTOGRAFO Y POETA DEL INSTANTE

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Vamos a rondar en torno a la poesía de Antonio Machado. Hay, por supuesto, una razón suficiente que justifica este periplo alrededor de los versos contenidos en *Soledades*, *Galerías y Campos de Castilla*. La crítica literaria (1), todavía mejor, el crítico de poesía suele olvidar sistemáticamente el estudio, como dirían los biólogos, de los "ingredientes últimos" de la "estructura íntima" de sus poemas o lo que podría llamarse, continuando con el simil bilógico, las cromosomas líricas machadianas. Me excuso de citar, es natural, los nombres de todos esos críticos. Pero en cambio no sería excusable callar el ritmo y el acento de tal crítica. Desde luego, se trata de una visión provechosa porque nos pinta **panorámicamente**, con la mayor precisión posible, el contorno ideal, la curva sutil que registra, hacia uno y otro lado, todo aquello que contribuyó —ora en pro, ora en contra— a crear la obra de Machado, aislándola de las demás creaciones literarias. Y en efecto, gracias a ella conocemos el estricto perfil histórico de los poemas no solo de este andaluz, sino de cualquier otro poeta —como es apenas natural. Así, por ejemplo, las composiciones de Núñez de Arce, tenidas por profundas y decisivas en su época, no alcanzan a granjearle ahora una fama de primera magnitud, y las de Garcilaso, en cambio, tienen respecto de nosotros una contemporaneidad real; es decir: que constituyen todavía cuerpos vivos en la continuidad histórica de la tradición lírica castellana. También cabe atribuir a este género de crítica el subrayar las etapas por las cuales pasa, tomándola como un todo, la poesía. Se hablará, pues, de clasicismo, de neo-clasicismo, de romanticismo, de modernismo, de esteticismo y, en general, de las demás mutaciones de inspiración en que se reparten las escuelas poéticas contemporáneas. Eso parece ser todo. De modo que aun esta contribución de valor tan positivo olvida los "ingredientes últimos" de la obra de Machado, seguramente porque en su camino —*viae*— no está el reparar en esta suerte de minucias.

Si atendemos a los preceptos de dicha crítica habrá que expresar más o menos lo siguiente:

Nació Antonio Machado una noche de julio de 1875, en el célebre palacio de las Dueñas, de Sevilla; su juventud, veinte años en tierra de Cas-

(1) Véase, por ejemplo, "Estudios sobre Poesía Española Contemporánea", de Luis Cernuda.

tilla, y su historia, algunas cosas que recordar no quiso. Por tanto fue su vida una de las más sencillas que un hombre haya vivido jamás. Todo cuanto necesitamos saber de él está aquí: que la vida visible de Machado fue de una sencillez pasmosa. Desde este momento estamos enterados de que careció de esa exhuberancia de prestigio mundano que, en otros poetas, explica ciertas cualidades paradójicas de sus obras. En efecto, ni fue un seductor Mañara o un Bradomin, ni mucho menos un Jorge Brummel, aquel dios máximo del "dandysmo", que pascara gracilmente amanerado, bajo reflejos de luces convulsas, su figura gorda y pesada. Con la idoneidad de lo espontáneamente sobrio, vivió de espaldas a lo clamoroso, a lo impetuoso y sombrío como una selva. No, no fue arrogante, ¡qué sencillo, qué calmado, qué solitario! Se perfiló poeta de lo que parece más valioso: de la mansa contemplación de las cosas —un árbol roto, una hoja marchita— que su mano sapientísima y buena acariciaba sin interrupción. Con una gran dejadez andaluza, ¡al fin andaluz!, su apostura mostraba una cabal economía de estremecimientos. No sé decir, sin embargo, si esta sencillez de Machado provino de la hondura de su raza o de una deliberada actitud transparente, se diría hiliiana, que dejó ver, purísima, su distante elegancia. De todos modos Machado se fue, se alejó, se deshizo dentro de su sencillez. Pero como todo gran solitario, que es una de las maneras de llegar a la sencillez, pocos hombres han tenido esa vocación de comunidad suya que conforta, ayuda y espera. De ahí que en sus poemas quedara suavemente desdibujada la sutil burla de las realidades humanas. Por eso también él, como el clásico, vivió de la sombra de dos sueños: uno, la preocupación patriótica, y el otro, el amor a los campos de Castilla que los sentía fluir por su cuerpo y su alma. Esa Castilla suya, macerada por la sed, "siempre firme, siempre igual", iba en Juan de Mairena sumando sueños, tristezas, bondades y ese halo de piedad que solo poseen, llenos de retenida melancolía, cuantos saben sentir el suave roce de los "ramajes yertos", el murmullo imperceptible de "alguna humilde flor", el resbalar quedísimo de "alguna sombra sobre el blanco muro". Es decir: una virtud de intimidad.

Pero aun habría que agregar más. El supuesto actuante en la poesía de Machado fue una "honda palpitation del espíritu", palpitation que se proyectó íntegra sobre aquellos dos sueños. Lo demás —aquella su famosa manía folclórica, por ejemplo —estuvo en el *finis terrae* de su inspiración, en la postrer periferia de su expresión poética. Mas por lo mismo el elemento poético de sus versos no fue la palabra por su entidad fónica, ni el color, ni la línea, esto es, todo un complejo de sensaciones, sino "lo que pone —según advirtió— el alma, si algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo". Nadie, pues, más ajeno a la interpretación de Castilla por su cuerpo y figura, por su faz térrea, por su seca elegancia, por su consunto abandono. Ya veremos cuál es el papel que, a mi juicio, el poeta confiere a este tropel de cosas humildes y que tan abundantemente hace figurar en sus versos. Nos conviene esta manera de retener esta actitud o manera de fijar lo "eterno humano", porque con ella alcanza su mayor triunfo. Por ahora solo cabe decir que Machado necesita absorber esas cosas humildes para trascenderlas dentro de una atmósfera, digámoslo así, esterilizada y aséptica. Poetizar, por tanto, va a ser para él eternizar, pero no de esta o de aquella otra

manera, entre las cuales podría estar, cantarse a sí mismo conforme a la ideología esencialmente subjetivista de la época, sino en una forma muy precisa: eternizar lo que no podrá sobrevivir a la destrucción, —incluso él mismo— eso sí. La verdad es que el autor de esta poesía, que anhela salvar “una tarde lila, violeta y dorada”, una tarde entre las tardes apenas, vivió siempre buscando a Dios entre la niebla” para que aquella tarde, dorada y lila, viniera al existir, al ser eternamente.

Ahora que aprendimos lo más elemental de la poesía de Machado, podemos, apartándonos de la crítica acostumbrada (2), apresar los “ingredientes últimos” que van siempre repitiéndose, claro está, en su poesía. Al hablar de ella se dice invariablemente que está ungida de eternidad. Con tal expresión se quiere enunciar desde luego su carácter continuo y progresivo en el tiempo. Se trata evidentemente de una poesía que, a semejanza de cualquiera otra profunda, se fuga más allá del presente. Sin embargo, su eternidad esencial es de otra tonalidad. No basta, en efecto, con advertir que su poesía está ungida de eternidad. En general cualquiera se halla en trance de decir que es eterna, si es que desea hacer una frasecilla pretenciosa. Pero de ese modo jamás quedará capturada la jocunda eternidad machadiana. ¿Cuál es, pues, esta eternidad?

Yo me aventuro a formular de otro modo la pretendida eternidad de la obra del autor de “De un Cancionero Apócrifo y Juan de Mairena”. Porque la obra con sus rasgos tan acusados y tan permanentes, en vez de imponernos la obligación de gritarla, nos obliga a ser silenciosos. Según esto, la tal unción de eternidad que transportan los versos de Machado, solo puede darse dentro de un ambiente singular, o, lo que es igual, que el ignorarlas implica suponerlas elementalísimas y tan radicales que no nos percatemos de su existencia. Es menester para extraerla, primero, conocer qué pensaba el poeta de su vocación, como quien dice saber cuál fue el imperativo de seriedad que lo indujo al verso. Así su poesía será, por un momento, convertida en *raison*. Y el método para lograrlo consiste en citar aquí las ideas con las cuales Machado se propone comunicarnos la intención general de la poesía. Una de estas ideas declara: “la poesía es el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo. Eso es lo que el hombre pretende eternizar, sacándolo del tiempo, labor difícil y que requiere mucho tiempo, casi todo el tiempo de que el poeta dispone”. Todavía hay más: “El poeta pretende, en efecto, que su obra trascienda de los momentos psíquicos en que es producida. Pero no olvidemos que precisamente (el tiempo vital del poeta con su propia vibración) lo que el poeta pretende intemporalizar, digámoslo con toda pompa: eternizar”. E insiste una y otra vez: “¿Es la poesía palabra en el tiempo?”. “¿Por qué contaría el poeta sin la angustia del tiempo?”. Como se ve ya desde aquí, Juan de Mairena es “el poeta del

(2) Después de haber escrito este ensayo, vino a mis manos —casi fortuitamente— el libro de Segundo Serrano Poncela: “Antonio Machado — Su mundo y su obra”. Me complace sobre manera haber apuntado hacia la misma *escena* que apuntó Serrano Poncela. Lo confieso con absoluta inmodestia, tanto más que en el sorprendi la huella, bien que esfumada, de mi maestro José Ortega y Gasset. Y habría que agregar esto también: “el presente estudio —reza una frase de la introducción al libro—, en cuanto se sale de los surcos críticos tradicionales y trata de llevar a cabo un análisis en profundidad del *hombre* Antonio Machado, sus poemas, su poética y su manera de *estar en el mundo*...” Este es, pues, el libro que yo anhelaba leer con relación a la vida y la obra del creador de Abel Martín, y cuya falta me llevó a pergeñar estas líneas.

tiempo". Ahora bien, el tiempo es lo inexorable, lo infatigable, lo incesante, en una palabra, lo que no se detiene jamás. Pero a la vez el tiempo sólo existe porque las cosas existen. Por lo mismo, son las cosas las que tienen ayer, presente y futuro. Entonces debe convenirse que es criminal: el gran aniquilador que únicamente vive para arrastrarlas al definitivo pasado. Es asesino, nos dice Ortega. Es terrible. Es definitivamente pasado. Se trata, en verdad, de un percance tremendo, horrible. Que el Tiempo, siendo en esencia futuro, no lo tenga. Solo así se aclara la profunda frase de Descartes, cuando sostuvo que Dios no solo crea al hombre cuando éste nace, sino que tiene que recrearlo de nuevo en cada instante para que siga siendo. Y eso, recrear en cada instante, es lo que le interesa al poeta, según Antonio Machado. Formulado de otra manera: el poeta va movido por la inspiración —alguien que sepa de estas cosas, como aquel místico musulmán Hallach, la llamara satánica— de que el momento imperceptible que es la vida, la realidad de las cosas y nuestra existencia, es decir, el instante, sea un infinito presente, una inmortal dimensión que abarque todo el infinito pasado y todo el infinito futuro, todo lo que será y todo lo que ha sido. Tal cosa es lo que se llama eternidad. Sí, no hay duda: "la eternidad es la perfecta posesión de una vida interminable, toda ella junta y de una vez" (Boecio). ¡Tienen razón en llamar a los poetas demoníacos! ¡Apenas con leves gestos fugaces, cuales los de la rosa en su rosal, estos poetas llevan en sí, lo mismo que Luzbel, la pretensión de atraer hacia las eternas esferas a las cosas fenecibles, apartándolas de su destino humilde! ¡Lloran sobre el mundo por las cosas que pasan, mientras caen como gotas de luz fugitiva y solo Dios permanece!

Pero habría dicho muy poco de esa ansia de eternizar citando apenas estas ideas. Debemos inmediatamente preguntarnos: ¿cómo se comporta tal ansia en los versos de Machado? ¿De qué medios se valió para alcanzarlo? Notemos ante todo que Machado solo hace figurar en su poesía las cosas a condición de que ostenten su perfil individualísimo. Nada de esquemas generales donde aparezca cada una estrangulada entre las demás, que la cubran y la acaricien y la muerden y la maten. La innovación —permítaseme llamarla así— consiste, pues, en introducir en sus poemas cuanto está condenado a dejar de ser, porque, a fuer de entes que transcurren, van a corromperse. Mas repárese que lo hace con las cosas más vulgares, o sea con las que están destinadas a vivir solo un instante. Véamos esa prodigiosa taumaturgia. Machado nos habla de "este dolor", de "una copla soñolienta", de "una tarde de soledad y de hastío", de "un pobre juncal en la ribera", de "ese almendro florido", de "un dulce salmo sobre mi viejo atril". Aquí tenemos, en estos inofensivos artículos y pronombres, nada menos que eternizado el instante. Porque al hacer de cada objeto una cosa *Unico*, se le hace ajena al tiempo, inmune a la corrupción. Dios es el *Unico* por excelencia: es la ultraperfecta posesión de lo infinito, de lo *Unico* necesario. A estas cosas humildes, por lo tanto, aunque son temporales, aunque fenecen, en la intención del poeta, aspiran a ser *Unicas* y, por tanto, eternas. La poesía de acuerdo con esta idea es, pues, como un dios caído al uso de poetas, rebeldes, videntes, endemoniados, que, semejante a Dionysos, protege la naturaleza elemental en sitios ajenos a los templos divinos. De este modo se explica que en la poesía de Machado los míseros seres, desprendidos de sus servidumbres terrestres, se hagan substancia

eterna y sean solo únicos. Y siendo Machado el creador de esta gran fantasmagoría se me antoja verlo, antes que cortando las viejas rosas del huerto de Rosard, o escupiendo a los fariseos, tocando aquella vieja flauta de Bagdad cuyo sonido era la voz de Satán que lloraba sobre el mundo, "mientras le sale afuera la luz del corazón".

Es una lástima que los señoritos, los turistas y los malos fotógrafos, que los son casi todos, hayan echado a perder la noción elevada de la fotografía. En consecuencia una forma de acercamiento entre dos realidades infinitamente distintas y, por lo mismo, antagónicas, como son el instante, diríase lo infratemporal, y la eternidad —esa monstruosidad teratológica supratemporal. Medite lector... el fotógrafo, parapetado detrás de su "cámara", hace relampaguear, nada más que relampaguear, la lente avisora y... ahí está ya aprisionada, oprimida entre su tiniebla y su misterio el protagonista con su ritmo formal de luz y de sombra, de masas y simetrías. ¡Qué primor! Aficionados y curiosos han ejecutado un acto sin par terriblemente maravilloso. ¡Qué drama! Pero ¿cómo explicarlo? Solo diré que en esta archimundana operación todo cuanto se hace es destacar el momento más común a todos, el menos formal y con menos perfil: el instante *cualquiera*. Porque lo mismo hubiera dado obtener la fotografía en este instante o unos minutos adelante. De la formidable corriente temporal, se toma un instante anónimo, poco menos que nada, y se la hace inconfundible, *Único*. Esto es, dándole eternidad. La vida consiste así, lector, en mirar hacia Dios. ¡De tal modo los humanos somos briznas en sus manos! Podría decirse que quien retrata sobre todo quien se deja retratar grita ¡Eternidad, Eternidad! Todo esto —pose, atuendo, gestos, etc.— es ciertamente efímero. Pero no se negará su significado originario de "agonía" vital. Y es que mirando estas tenues imágenes de caballeros y damas que, gracias a la fotografía, se conservan hoy como símbolos presuntos del doloroso, complejo y a veces sonriente existir, recuerda uno el verso de Machado:

*Todo pasa y todo queda
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.*

Ahora entenderemos mejor la actitud poética de Machado. Pues con último rigor, y con extremo rigor hablando, Juan de Mairena capta, como un fotógrafo de genial intuición precisamente, el instante cuando hace de las encinas y los días "*una negra encina campesina*" y "*un día como tantos*". Y es que al trasluz de sus versos nos lo confiesa: "¿Qué tienes tú, negra encina / campesina, / con tus ramas sin color / en el campo sin verdor; / con tu tronco ceniciento / sin esbeltez ni altiveza / con tu vigor sin tormento / y tu humildad que es firmeza?" He aquí la mejor definición del instante hecho "fauna de eternidad": *humildad y fortaleza*. Sobre una cosa cualquiera —"la nube que apenas enturbia una estrella"— hace descender —ya lo anoté—, gigantesca y fuera de norma, un poder extranatural que para acomodarle a esa forma diminuta la obliga a retorcerse violentamente, tal vez como Buda sobre su ombligo. Este taumaturgo feliz de infinito poder, de sobrecogedor dramatismo, se llamó Antonio Machado. ¡Instante! ¡Libertad!